
editorial

¿Cuál es el proyecto para la educación pública?

El primero de diciembre del año 2000 Vicente Fox tomó posesión de la presidencia de la república. En su discurso reiteró, como lo había hecho a lo largo de su campaña electoral, la promesa de realizar una revolución educativa que iniciaría con grandes acciones en los primeros 100 días de gobierno. A seis meses de su toma de posesión, la sociedad mexicana sigue sin conocer las estrategias y acciones concretas en las que se traducirá esa “revolución educativa”, “reinención de la educación” o “educación de excelencia”.

La predilección por los anuncios espectaculares no es nueva en la tradición política mexicana, pero no deja de ser preocupante porque con frases grandilocuentes suele ocultarse la ausencia de ideas claras respecto a los problemas educativos, el sentido de la escuela, las características del trabajo docente, entre otros. Recuérdese, por ejemplo, que Miguel de la Madrid comenzó su administración anunciando una revolución educativa; al final de su sexenio (1982-1988) la educación había sufrido uno de los más grandes retrocesos en financiamiento, cobertura, iniciativas pedagógicas y capacidad de dirección del sistema. Como actores o como beneficiarios del sistema educativo reconocemos logros e ineficiencias, sin embargo, ante estas declaraciones nos preguntamos ¿hacia dónde va la educación pública?

Más allá del anuncio del programa de becas para la educación media y superior y del denominado “escuelas de calidad”, hasta hoy, el titular de la Secretaría de Educación Pública (SEP)—a través de los medios de comunicación— ha enunciado su intención de promover algunas acciones (introducción de los avances tecnológicos a las escuelas, el establecimiento de un tiempo de clases destinado específicamente a la reflexión (¿?), así como 20 minutos diarios para ejercicios de “activación física”, entre otras), pero no ha dado a conocer su visión global sobre el estado de la educación y, mucho menos, las orientaciones y acciones estratégicas que emprenderá el nuevo gobierno en materia educativa.

Mejorar la calidad de la educación es una demanda compartida y exige medidas que partan de un diagnóstico preciso de la realidad educativa nacional, incluyendo la eva-

luación rigurosa de las acciones de reforma iniciadas en 1992. También requiere recuperar con seriedad los resultados de la investigación y la opinión del personal docente y de los usuarios de los servicios educativos. En este discurso se revela un profundo desconocimiento de la realidad educativa del país y de la experiencia nacional e internacional en materia de reformas educativas.

Junto con esa ausencia de definiciones por parte de la SEP, desde otras dependencias o instituciones se anuncian medidas que afectarán directamente el trabajo escolar y el proceso educativo. Véanse los siguientes ejemplos: a) la Comisión Nacional del Deporte anuncia un programa de “cultura física” y señala que gran parte de su actividad se realizará en las escuelas, b) el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes ha anunciado que su actividad se concentrará en las escuelas y que, además, elaborará los programas de educación artística para la educación básica, c) el Instituto Federal Electoral informó recientemente que pondrá en marcha un programa de formación ciudadana y que, también, revisará los programas de educación cívica. De seguir esta dinámica los planes de estudio de la educación básica incluirán tantas asignaturas como secretarías o dependencias existan en el organigrama del gobierno federal.

La pretensión de encargar a la escuela la tarea de resolver o prevenir problemas sociales graves —tarea que corresponde a muchas dependencias gubernamentales y a la sociedad en su conjunto— no es nueva sino recurrente. Es este un error que han cometido instancias federales y estatales, cuyo principal efecto es distraer a maestros y alumnos de sus tareas principales: la formación y el desarrollo de competencias básicas, de valores y actitudes fundamentales, del aprendizaje comprensivo de los conocimientos científicos que ayudan a explicar la naturaleza y la sociedad; además de que —ante la avalancha de demandas extracurriculares— se promueve la simulación para hacer creer a las autoridades que sus indicaciones se han llevado a cabo.

La situación es más confusa todavía. Los anuncios espectaculares no han tenido como base, por lo menos, el cálculo aritmético elemental, hecho que permite a las autoridades enunciar varias promesas, aunque no se conozca la fuente que permitirá financiarlas: mejoramiento sustancial de los ingresos de los maestros, aumento del presupuesto educativo hasta 8% del Producto Interno Bruto, dotación de equipo de cómputo para todos los docentes, etcétera. Como si los recursos financieros se pudieran multiplicar con el solo conjuro presidencial. Por otra parte —desconociendo el grave efecto que han tenido las prácticas sindicales a lo largo de varias décadas, en el cumplimiento cotidiano de las responsabilidades laborales y profesionales, en el acceso a los puestos directivos y, en general, en la dinámica del sistema educativo— el presidente ha expresado reiteradamente sus deseos de realizar una alianza con el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE). Con motivo del día del maestro expresó al respecto lo siguiente: “...acepto con gran entusiasmo la propuesta del SNTE para es-

tablecer un nuevo pacto en materia de educación que nos lleve a ponerla en sintonía con nuestras necesidades y expectativas, a consolidar el sistema educativo público como una de las grandes prioridades del país". Ciertamente, la participación y convencimiento de los maestros son indispensables para realizar transformaciones importantes, pero es un error confundir a los maestros con el sindicato, sobretodo si lo que se busca es reformar el sistema educativo.

Esta forma de inicio de una administración da origen a la desconfianza y provoca muchas dudas: ¿Qué entiende el presidente por "revolución educativa"? ¿En qué consiste la reinvención de la educación, anunciada por el titular del ramo? ¿Creen realmente el presidente y el secretario de educación que una tarea tan compleja como la educativa puede ser objeto de un cambio ¡ya!, sin tener como base un diagnóstico que permita reconocer las causas que han producido su estado actual?

Hasta hoy no se conoce un proyecto global que oriente la toma de decisiones; sólo hemos escuchado declaraciones respecto a asuntos aislados, que ponen en duda el anuncio reiterado de que la educación ocupará una alta prioridad en el gobierno de Fox. Podría argumentarse que aún se está elaborando el programa específico para la educación, derivado del Plan Nacional de Desarrollo, sin embargo la ausencia de conocimiento y visión que se ha hecho evidente puede hacer de estos documentos una colección de frases puramente retóricas mezcladas con las medidas aisladas anunciadas con anterioridad.

Estamos en riesgo de que la falta de dirección y la carencia de conocimientos e ideas que hoy priva en la SEP provoque retrocesos respecto a los avances obtenidos durante la última década y, aún más, que guiados por la difusa y confusa idea de reinventar la educación se reiteren los errores del pasado —como el de saturar a la escuela de múltiples demandas o solapar prácticas sindicales y burocráticas dañinas con tal de evitar conflictos— y que la "reinvención de la educación" se convierta en un desorden generalizado de la vida escolar, lo que no haría sino empeorar la calidad del servicio educativo. 